

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

FILOSOFIA Y LETRAS

*REVISTA DE LA FACULTAD
DE FILOSOFIA Y LETRAS*

9

ENERO-MARZO

1943

IMPRESA UNIVERSITARIA

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

H. señor Rector:

LIC. RODOLFO BRITO FOUCHER

H. señor Secretario General:

LIC. ALFONSO NORIEGA, JR.

H. señor Oficial Mayor:

LIC. ALFONSO PEDRERO

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

H. señor Director Honorario:

DR. ANTONIO CASO

H. señor Director:

DR. JULIO JIMÉNEZ RUEDA

FILOSOFIA Y LETRAS

REVISTA DE LA FACULTAD DE
FILOSOFÍA Y LETRAS DE LA
UNIVERSIDAD N. DE MÉXICO.

PUBLICACION TRIMESTRAL

DIRECTOR:

Eduardo García Máynez.

Correspondencia y canje a Ribera de San Cosme 71.
México, D. F.

Subscripción:

Anual (4 números)

En el país..... \$7.00

Exterior..... dls. 2.00

Número suelto \$2.00

Número atrasado..... \$3.00

Sumario

FILOSOFIA

	Págs.
Martín Heidegger <i>El ser y el Tiempo. Introducción. (II)</i>	3
Emilio Estiú <i>El Pensamiento de una Philosophia Prima en Nicolai Hartmann.</i>	31
José Gaos <i>Galileo a los Tres Siglos. (II).</i>	59

LETRAS

José Carner <i>La España de Pérez Galdós. (I).</i>	75
Agustín Millares Carlo. . . . <i>Algunas noticias acerca del escritor do- minico Fray Alonso de Espinosa.</i>	85

HISTORIA

U. von Wilamowitz Moellendorf <i>El Desenvolvimiento del Espiritu He- lénico. (I)</i>	97
Joaquín Ramírez Cabañas. . . <i>Un Historiador del Siglo Pasado.</i>	121

RESEÑAS BIBLIOGRAFICAS

Filosofía

José Gaos <i>Diálogos sobre Religión Natural. (Da- vid Hume.)</i>	133
Eduardo García Máñez. . . . <i>Etica. (Max Scheler.)</i>	137

Letras

José Luis Martínez.	<i>Escritores da Colômbia e Venezuela.</i> (Silvio Júlio.)	141
Agustín Millares Carlo.	<i>9 Poemas Inéditos del P. Juan Luis</i> <i>Maneiro. 1744-1802</i>	144
José Luis Martínez.	<i>Introducción a la Estilística Romance.</i> (Karl Vossler; Leo Spitzer; Helmut Hartzfeld.)	145

Historia

Agustín Millares Carlo	<i>Epistolario de la Nueva España. 1505-</i> <i>1818. (Recopilación de Francisco</i> <i>del Paso y Troncoso.)</i>	151
Ferrán de Pol	<i>La Independencia de México y la Pren-</i> <i>sa Insurgente. (J. M. Miquel i Ver-</i> <i>gés.)</i>	152
Julio Jiménez Rueda.	<i>Gabriel García Moreno y el Ecuador</i> <i>de su tiempo. (Richard Patter.)</i>	154
Agustín Millares Carlo	<i>La Cirugía Mexicana del Siglo XIX.</i> (Rafael Heliodoro Valle.)	156
Noticias		159
Publicaciones recibidas		163

La España de Pérez Galdós

En el Centenario del nacimiento del gran novelista.

En esta hora de tierra tremante y cielo enrojecido, no nos dispensa el enorme coro de alaridos humanos del ejercicio de pensar; ¡qué más quisieran los peores enemigos, los que han batido los alcázares, menos el de la mente! Y, al fin, no inconsiderable en la lid, también el intelecto se siente movilizado, en fuerza de ver las endeblesces que acusó la máquina compleja de la civilización, al vacilar en su asiento. Es imposible, aun para un físico y matemático de la calidad de Einstein, casi constructor de un universo propio, desconsiderar los remezones del suelo que materialmente pisa; y desde los más altos hasta los menores, siquiera alguna que otra vez damos en parecernos a la hormiga, portadora de una brizna, que, cerradas por alguna huella impía las diminutas bocas del hormiguero, siente la urgencia, necesaria para su propia dádiva, de restablecer el acceso interrumpido.

Juntos anduvieron en cada nación, juntos y aun enzarzados, los agentes de traición y letargia con la resistencia y la facultad creadora. Así vemos a tantos países, para emplear una imagen de Galdós, agitándose con gemido, como la espiga devorada por la llama. Quiere ya un hado terrible que cada cual se enjuicie, y a su pueblo en sí; la historia, no menos que para rezumar muchos tósigos, sirve para los exámenes de conciencia.

Séame lícito pensar en España que, tantas veces puesta en lo postrero de estadísticas relativas a empeños ventajosos, se hizo de pronto, en 1936, primogénita en la defensa de la dignidad humana. Hállase hoy en la prue-

ba; pero no hay espíritu bien nacido que pueda olvidar que antes de sometida al resbaladero de su actual desventura, se mostró en el mayor de sus rebeldes enfrentamientos a la historia, en el más perentorio y ejemplar de sus *non plus ultra* de tradición y naturaleza hercúlea. Iban a vencer los moldes candentes, y ella fué el valor épico del Hombre. El Hombre, con o sin humanidad, con o sin humanismos, pero él mismo, supremo agente, supremo fin: el Hombre en su desnudez, mas también en una especie de seca y ardiente apoteosis. Pero si en tiempos de duro contraste la leyenda española es rehabilitada y revivida por el esfuerzo popular anónimo, que es lo más genial de aquella madre de mundos, ¿cómo hacer valer a la nación granítica, tantas veces inerte en las centurias, cuando la traza de los nuevos días exija, más que la hazaña del analfabeto inspirado, eficacias de estructura, virtudes de cooperación, sabidurías de gobierno, emulaciones culturales, delicados sopesamientos de justicia? — ¿quién pondrá límites al deseo! Para ella quisiéramos albas vestiduras de resurrección con lustre imperecedero, con asepsia de todo germen de decadencia. Y supuesto que para conseguírselas y hacérselas durar es menester vivir precavidos, coordinados y diligentes, no será sino grande acierto, para nuestro acicate, releer en Pérez Galdós — como otra vez en Larra, en Clarín o en Ganivet — los aspectos aún próximos a nosotros y las consecuencias aún no canceladas que en el siglo XIX revistiera el eterno diálogo español entre la sublimidad y la indigencia, en el escenario inolvidable de un altiplano que tiene cadenas de montañas por arbotantes, y por fosos abismados ríos, y donde el pasado se momifica en el aire enjuto y todavía obstruye y aun a las veces se venga.

Don Benito Pérez Galdós se caracteriza, sobre todo, por esta doble calidad: que escribió con ánimo levantado, sacado el cuerpo a la tormenta, muy en España y muy para España.

Muy en España: afanosamente sumergido, pues, en su geografía, especialmente la humana, en su carácter, en sus costumbres, en sus modales, en sus despejos y en sus arranques, en sus glorias y en sus abandonos, en sus heroísmos y en sus inercias, en su rigor pétreo y en los dulces asomos de sus ternuras. Y escribió muy para España: jamás para el regalo de su propia vanidad, ni para un círculo estrecho de iniciados, ni para una casta, sino para el ánimo innumerable y diverso de Juan Español; y no

por cierto en mensaje inhibido de las realidades próximas, indistinto y general, desinteresado del sufrimiento y dado sobre todo a la tersura del arte, sino mezclándose con sus personajes, hablándoles de corazón a corazón, llamando a hombres y cosas por sus nombres familiares y aun por apodos de irrisión o de intimidad, y, en esa misma entrañable inmediatez, despertándoles el amor a los valores universales en apólogos callejeros, olientes a puestos de mercado, a violetas y a naftalina y al diario húmedo que acaba de salir; induciéndoles en litografías conmovidas y apasionadas a esos fuertes triunfos sobre una idiosincrasia de raíz secular que se llaman liberalidad en la comprensión y el amor, sociabilidad tolerante, bienvenida al necesario protagonismo de la substancia popular de la nación.

Le debemos consagraciones populares de las glorias españolas, pero también los aguafuertes del descontento, de substancia patriótica en modo alguno menos pura. Se puede ser patriota paladeando unos nombres geográficos e históricos, meciéndose en la vanidad que autorizan ciertos hechos mal sabidos y ciertas adoradas consejas, fingiéndose el pasado, según la propia capacidad estética, en escultóricos relieves o en cromos, asegurándose a sí mismo confortablemente que el porvenir asegurará, por algún gratuito enternecimiento de su corazón, el primer premio de la lotería al país en que uno tuvo el privilegio de nacer. Ese patriotismo, que puede tener sus virtudes aglutinantes, conviene acaso a la numerosidad, que piensa por imágenes y siente por espectáculos, pero se puede asegurar que jamás dió esa raza de gentes ningún señalado planeador de alteza o grandeza al suelo nativo. Sólo la patria potencial, servida con acuciamientos y dolor, en la cara expresión fosca del Dante, o acaso el torrente impre-catorio de los profetas hebreos, la patria difícil y dolorosamente acrecida en calidad, conquista el corazón de los patriotas esenciales.

Diecinueve años contaba el estudiante de Las Palmas al llegar a Madrid. Venía de la isla mayor de un archipiélago africano, de una ciudad de radiante nimbo hospitalario, de continuo visitada por gentes e ideas, refinada y cortés. Don Miguel de Unamuno, que tantas veces alternara lo genial con las genialidades, reprochó a Pérez Galdós, entre otras cosas, su literario olvido de la región nativa. Tal vez hubiera desarrugado un tanto el ceño de don Miguel algún homenaje entre pintoresco y patético a las Islas Canarias, más o menos equivalente al *Sabor de la Tierruca* o a

Arroz y Tartana. Confieso que esta complacencia regional habla muy poco a mi espíritu, con sus idilios nacarados y sus conflictos dramáticos fatalmente crudos, y además inocentes en su crudeza. El espíritu no habla por congregaciones de faunos, sino por metrópolis. Pero no supo registrar don Miguel que precisamente el hijo de Las Palmas había debido a su origen de exterior a la España continental, de hecho a costumbres de intercambio y parangón, el goce de una perspectiva suya particular en la observación de Madrid y de todo el ámbito hispano, con amplitud desconocida entre los más de los allí arraigados o consuetudinarios. Miró Galdós con afán de salteador enamorado, sin las mellas de la costumbre, sin el apocamiento del breve horizonte; recogió curioso y simpatizante, pero jamás blanducho ni iluso, la sal y el sentimiento populares, las infinitas viñetas pintorescas, las vacuas oficiales composturas, las casi orientales mañas de la política, las aventuras de la clase media en pos de un medio vivir (y todavía al fiado), la lozanía robusta de las gentes artesanas, el ensueño generoso de los románticos y la divina indefensión de los sencillos ante un carnaval de pedantes, hipócritas, usureros, vividores y buscones. Para ser buen madrileño, creador de Madrid como Carlos III, Goya Galdós, es útil, en ocasiones, haber nacido en otra parte. Claro que este fenómeno es universal, porque aldea es, y no ciudad, cualquier hatillo de casas que nunca haya informado el extraño. El amor ahincado del sobrevivido es móvil hartito más pujante que la fidelidad a un inquilinato y al "daremos otra vuelta a la manzana", como se recita en *La Verbena de la Paloma*. Recuerdo muy bien que el Madrid que conocí en mi adolescencia era un Madrid muy hondamente galdosiano, pero en que ya empezaban a distinguirse en número copioso los madrileños de Arniches, el levantino. En realidad cada labor de insigne imaginativo en una gran urbe equivale a una invasión, a una nueva era, y a las veces a una epidemia. Una mañana se mira la gente y no se reconoce. O, mejor dicho, se reconoce y no se comprende. Porque el cambio, más que en los rasgos físicos, aparece en la expresión. Y en los papeles: no los de identidad, que están en regla, sino los cómicos o dramáticos, distribuidos por el nuevo traspunte del gran teatro de los modos, modas y modales.

Platón nos dice, maravillosamente, que hay en los negocios de los hombres una cierta música que podemos echar a perder o a la que podemos contribuir.

¿En qué estado, en qué grado de inmunidad o de influencia halló en España esta música el estudiante canario, estudiante, para toda la vida, de la realidad española, y tan solícito en ello que hubo de reducirse, hasta su final, como cuentan sus biografías, al papel de interrogador obstinado de la realidad ajena, o, alternativamente a la condición de sombra casi inerte, como quien hipotecara su verdadera realidad a su empeño?

En líneas generales cabría decir que descubrió a la nación abatida y a sus mayores resortes en abandono; la sociedad se le antojó primitiva, mal celadora, bajo reglas totémicas, de su efectiva insociabilidad; asomaba por saeteras tradicionales el recelo torvo contra las ideas; el Estado, en una nación prácticamente inédita, parecía caduco. Tras el cansancio de la oratoria altisonante y los últimos conatos heroicos, el mismo nombre de España resultaba teñido de insignificancia.

Todo ello había sido posible sin protestas apasionadas, ni mucho menos peligrosas, porque España estaba fatigada y desilusionada. Se ha tachado a Galdós de pesimista: lo era menos que Cánovas, y, en general, los hombres de la Restauración. Por aquellos tiempos el autor de los *Gatherings from Spain* se decide a escribir que entre aquellos españoles la palabra Patria era poco más que un tópico parlamentario. La Constitución había reducido al mínimum la libertad de conciencia; la libertad de asociación, también angostada, era entregada a la interpretación de poncios y monterillas; y en la España conocidamente plural, donde todo genuino arranque político, todo nacimiento de opinión irresistible acaeciera, en toda época, en el seno de alguna demarcación especial del mapa peninsular, vinieron leyes y reglamentos, con precaución imitada de un aborto político y militar, el Segundo Imperio francés, a recortar y apocar en lo posible esa vida municipal y provincial que, en cambio, en países genuinamente políticos es incomparable escuela y palestra de futuros rectores nacionales. En tal ambiente, resignado a la indigencia de ideales y convicciones, propenso a la incuria, a la bajeza y a la cursilería, los excepcionales espíritus elevados, de ensueños generosos, recibían nota de chiflados o de sospechosos aventureros. Ese pesimismo de la Restauración llevó a preferir —otra vez— a los barruntos de opinión pública la intromisión en la política de los cuartos de banderas, que ya llevan siglo y medio de detentadores de la vida española; el estado de guerra había de resolver todavía los mayores problemas; para salvar la patria se discurrió en su día la ignominia de la llamada Ley de Jurisdicciones, y la monarquía estaba destinada a

morir prácticamente en brazos de la dictadura militar. ¡Si ya el propio Cánovas, alegador de que la era de los pronunciamientos había sido máxicamente cerrada por la Restauración, vió subir al poder en 1881, como quien dice al día siguiente, nada menos que a los liberales validos de la ganzúa pretoriana! Ello presagiaba ya el vilipendio de que hubiera de ser, con el tiempo, un llamado liberal —don Segismundo Moret— quien rasgara la última y tenue preocupación de decencia del constitucionalismo español. Bajo el formal emplasto de una democracia *ad usum Delphini*, la irrealidad de la vida pública, asumida y no existente, continuó los males de la España endémica, tantas veces adversaria y esterilizadora de la España eterna. Ejército e Iglesia habían llevado a cabo la Restauración, pero no para someterse a ella ni para desarmarse. En su estrecha alianza y combinada tutela se apreciaba la peor, la más antirreligiosa y antimilitar de las tradiciones españolas. La milicia pervierte o abandona su disciplina y se convierte en hervidero de ambiciones personalistas y de concupiscencias, en cuanto al altar la unge; y el estamento eclesiástico trueca los deberes apostólicos, las exigencias delicadas de la caridad, la reciedumbre de la abnegación personal, sin la cual no hay en el cura honor, por el descanso en medios expeditivos de persuasión: la unidad católica a cargo de mesnadas fratricidas, y el trueque de la amorosa seducción de las almas por la imperiosamente provocada cerrazón de las mentes.

Ha habido en España no una Reconquista, como se dice de ordinario, sino dos: la cristiana y la agarena. España que, a través de la historia, comparte con Rusia la condición de extrema y amenazada marca europea, es intercontinental, euroafricana, como Rusia euroasiática. Ambos pueblos aparecen, en muchas de sus condiciones naturales e históricas, como opuestos *per diametrum*, pero muy especialmente en la vida ética que en Rusia se expresa por la aglutinación como en España por la incompatibilidad. En uno y otro país cada esfuerzo penetrante de civilización adquiere sumo interés dramático: se trata de influir en el inestable equilibrio de una inspiración dual: tarea difícil, casi hazaña; es menester preservar la originalidad, que nace (exactamente como en la creación estética) de una confluencia, pero destacando esa originalidad hacia lo universal.

Consiguió España no sin dilaciones y eventuales retrocesos, arrojar de sí las invasiones islámicas, principalmente africanas, ya desde Tárik y Muza. Pero apenas acabada la Reconquista cristiana, comienza la agarena. La Reina Católica está fanatizada, al modo de esos musulmanes y ju-

díos a quienes llama perros, traduciendo del árabe el epíteto que los invasores habían aplicado a los cristianos. La expulsión de moriscos y judíos, tan cruel como antipolítica y antieconómica, es el principio de la segunda reconquista, la ganada por esos desvalidos que huían, al parecer maltrechos y para siempre cancelados. Porque no sólo dejaron esos españoles en el suelo que abandonaban sus casas y sus bienes y el paisaje inolvidable de sus tradiciones y sus recuerdos, sino también una huella en el ánimo de sus enemigos: el refuerzo del espíritu de intransigencia, el triunfo de la unidad dogmática servida por una espada con dejos de alfanje, la divinización, de origen tribal, del odio a la diferencia: y esta divinización nefasta, aun en el momento de esplendor de España, de su poder muy sublimado, con prestigio que anda en lenguas y plumas de Europa, conlleva ya el tósigo que habrá de paralizar la vida pública nacional, deformar la cultura, acabar con la unidad peninsular, y obligar en la sazón de los tiempos a emanciparse a los remotos suelos de su imperio. Signo de africanismo siguen siendo en España cada acometida del temperamento a la inteligencia, cada cíclica recurrencia de la inercia y la ira; y, lo propio que la hosca resignación a los males, el vano consuelo en la retórica o en ese pasatiempo, casi intraducible a lenguas cultas europeas, que Gracián llamaba sutileza y arte de ingenio.

Del nivel de ese estado de cosas en su tiempo, y del ambiente depauperado en que se producen, nos refiere Pérez Galdós tan a lo vivo ejemplos menudamente captados —entre los que cito, al azar, la psicología de pedigrüños y devotos en el comienzo de *Misericordia*, o la evocación de los parásitos de levita, alternadores de la indigencia y la ganga en los altos del palacio real, donde mora *La de Bringas* — que la humanidad de esas estampas nacionales parece descendiente del *Lazarillo de Tormes*, como la de los *Episodios* se complace en acreditar el linaje del Cid.

Genio de amor es el de Galdós, y lo que más lo incita y urge es precisamente el dolor de la carencia española. Su nostalgia de la grandeza es agudísima, y no deja de adivinar que para recobrarla es menester recobrar un sentido ético, la idea moral en marcha de que hablara Mazzini. En vano Joseph Chamberlain alude a España como nación moribunda; España no es nación lógica, ni asidua, pero en ella es siempre posible el milagro. Junto a los desencantos, al pesimismo de los hombres de la Restauración, macerados en el tedio de su experimento artificial, el pueblo de España guarda intactos sus valores tradicionales, su habla y su poesía.

mejores que las de los académicos; su soberbia principesca, ante la cual palidece la engreída cursilería, y a las veces chabacanería, de una aristocracia en continua decadencia; su pósito de cultura, tan notable en esos anal-fabetos, sentenciosos, graves y corteses como los caballeros españoles de Carlos el Emperador, ensalzados por el Castiglione; su fe en el hombre, en el todo un hombre; su desdén nativo hacia la ruindad; su inmediato recelo contra lo que es o le parece artificial; su estoica resignación al hambre en contraste con su reacción leonina en cuanto alguien roza desconsideradamente su dignidad. No falló en España el pueblo, sino sus conductores caducos, incapaces, exigüos, maniqués grotescos puestos ahí para la guarda de las cosechas de los privilegiados. No hay acaso linaje nativamente más remoto de la vejez y de todas las vejeces, más libre y señorial en toda Europa. De ello dará prueba imperecedera no muchos años después de la muerte de Galdós, iniciando en el viejo continente la defensa para sí y para todos los hombres de los valores que en sí mismo encarna.

Por tres tipos o grados de creación se vale Pérez Galdós en su novela y su teatro para los llamados a la conciencia española. Levanta primero de la vida innumerable a un carácter representativo, al que mantiene coherente en su rumbo individual, pero todavía envuelto en las circunstancias, para mejor lucimiento del análisis realista, y podríamos decir que al uso francés. Con lo que revela mayor ambición y supone mayor peligro, erige en personaje a una idea, a uno de los términos de una antítesis, buscando en ese ejercicio de encarnación la soldadura más convincente entre el signo intelectual y la existencia anecdótica; esta es la en él llamada tendencia nórdica, aunque haya indicios de la tal en su producción anterior al viaje en que se interesa por las de Ibsen y Tolstoi. Y, finalmente, según el modo mayor de la creación, ya en la senda de Homero, de Shakespeare y de Cervantes, llega a una altura, si no peligrosa, al menos mitológica en que acierta a transfundir a sus personajes y a los lances de sus vidas, no tanto por aliño deliberado cuanto por instinto y empuje soberanos, lo universal y lo cósmico.

Pues bien, a esta excelencia última es imposible llegar sin una calidad de fe. Es la verdadera y propia creación, que traspasa arrolladora los lindes de la observación entretenida y del debate apasionado. Un descorazonado jamás pudo producir una galería de arquetipos, de que muchos hombres —y en realidad todos los hombres, pues cada uno de nosotros resulta un microcosmos tanto físico como moral— vinieran a resultar

pálido reflejo. Hay un arte, que pasa por todos los tiempos y todas las escuelas, que es arte espejo; fué clásico llamar al teatro espejo de las costumbres, y esa imagen es valedera para toda arte imaginativa, literaria o plástica, que espejee y cobre la gracia de la apariencia o la anécdota. Pero el arte más excelente, el auténticamente creador, es el que nos convierte a *nosotros* en espejo de él: nosotros, en su presencia, nos sentimos más inciertos, más huidizos que su realidad, y casi a ella conferimos el relieve, y casi nos reconocemos coro de superficie plana, lo mismo que la tabla de cristal azogada.

Esa calidad de fe necesaria a tamaña empresa, viene a quedar acreditada en la obra genial por una particularidad de bastante fácil comprobación. Se trata de la especie de imparcialidad divina que resplandece en ella. En el más notado poema de Blake, el que empieza con los versos memorables:

Tiger, tiger, burning bright
In the forests of the night,
What immortal hand or eye
Could frame thy fearful symmetry?

hallamos en la penúltima estrofa unas preguntas sobrecogidas:

When the stars threw down their spears
And watered heaven with their tears,
Did He smile His work to see?
Did He who made the lamb make thee?

Nuestra común parcialidad es el sello de nuestra limitación. Para su fin, el tigre está magníficamente conseguido, y si otorgamos a Dios una condición antropomórfica de artista, acaso logremos verle, como artista, sonriendo.

El artista entra en su obra animado por una pasión, que es parcial. Pero si avanzando por su transcripción o su alegato, le sobreviene el extraño modo, casi sobrenatural, de la excelencia, el mismo monstruo a quien combate alcanza de él belleza, y, por este motivo, cierta medida de amor. Shakespeare acabó por amar a su *Macbeth*, contra quien había partido en guerra; y por ese amor del poeta su personaje nos inspira también a nosotros, sus contempladores, un horror en que no faltan intervalos de sim-

patía. La obra de Pérez Galdós es indicadísima para estudiar en ella el contraste de calidad entre la mejor polémica, la más acertada contraposición de dos principios encarnados, y esa virtud que llamé de imparcialidad divina, que se descela, por ejemplo, en su *Torquemada*.

Ahora bien, no hay ejemplo en la historia literaria de que el mayor logro aparezca en épocas de verdadera decadencia vital en nación alguna, y menos aún que lo obtenga un ánimo ensombrecido y claudicante. Y ante la obra de Galdós, así acertaron a adivinarlo las gentes. Fué la España endémica, al cabo, quien tachó a Galdós de pesimista, y ello tal vez como instinto defensivo contra una especie de amago o de emplazamiento. Pero los esperanzados en una nueva aparición radiante de España eterna, desatadas de pronto las ligaduras que le había impuesto el método de sobrevivir, supieron cumplidamente que el llamado pesimismo de Pérez Galdós era en realidad un nuevo aliento para su esperanza.

(*Concluirá.*)

JOSÉ CARNER